

Observaciones sobre la Ortografía del vascuence

Antes de exponer los puntos que por parte de los vascos de las tres provincias del Norte dan lugar a algunas dificultades en los principios ortográficos adoptados por *Euskaltzaindia*, no parecerá inútil hacer la observación previa de que en esta materia es mucho más difícil legislar para los que vivimos a esta parte de los Pirineos que para los que viven al otro lado.

En España, desde la fundación de la Real Academia en el siglo XVIII, los espíritus cultos están acostumbrados al concepto de una Academia, considerada como un cuerpo docente habilitado para intervenir en los usos ortográficos e introducir en ellos, cuando le parezca oportuno, modificaciones a veces profundas. Y efectivamente la Real Academia Española, desde que existe, ha legislado mucho, transformando notablemente la ortografía del castellano.

La Academia francesa, al contrario, se ha inspirado en un criterio enteramente opuesto: a su parecer, su papel ha de limitarse a discernir cuál es el uso corriente de la mayoría de la gente culta y a hacerle constar, pero sin innovar nunca por sí misma, ni aun en materia puramente ortográfica. Y así lo ha venido cumpliendo desde hace casi tres siglos. Las modificaciones que se han introducido en los usos ortográficos del francés no los ha ideado ella, sino que han sido obras del público, y ella se ha concretado a sancionarlos después. Así es que cuando un ministro francés de la Instrucción pública, por los años de 1900, solicitó de la Academia que reformase algunos puntos de la ortografía del francés, ella le contestó que las reformas propuestas no le parecían mal, pero que el preceptuarlas no era de su incumbencia; que no tenía inconveniente en que el ministro las decretara de uso discrecional en las escuelas y en los exámenes, pero que ella no las haría suyas hasta ver si prevalecían o no entre el público. Y así se hizo en efecto.

No es del caso indagar cuál de los dos criterios será más acer-

tado; acaso sean el uno y el otro perfectamente lógicos y convenientes según las especies, y parece natural que el papel de una Academia haya de ser distinto según se trate de una lengua que tiene ya una tradición literaria de muchos siglos, o de un idioma como el vascuence, cuya falta de unidad se trata precisamente de remediar en lo posible. Pero también es innegable que los dos opuestos criterios a los que nos referimos no han podido menos de influir en el concepto que la mayoría de los espíritus, a ambos lados de los Pirineos, tienen formado del papel que a una Academia le corresponde: los vascos del Sur, que viven en un ambiente forzosamente más sometido a influencias castellanas, estaban preparados ya a admitir el concepto de un cuerpo docente habilitado para reformar la ortografía; los vascos del Norte, al contrario, imbuidos en ideas francesas, ven en una Academia una reunión de personalidades eminentes, aptas para discernir con especial acierto y señalar al público el uso más recomendable, aunque sin idear nunca por sí mismos innovación alguna (1).

Los efectos de tan distintos criterios se echan de ver bien a las claras: hace ya nueve años que *Euskaltzaindia* formuló sus primeros principios ortográficos; pues bien: éstos están acatados en la mayoría de las publicaciones que se han impreso desde entonces en Vizcaya, Guipúzcoa y Alta Navarra; pero de este lado del Pirineo nadie los aplica, que yo sepa, si no es el Padre Lhande, que no puede menos de considerarse obligado a ello, por ser individuo de número de esa Academia.

Sería sin embargo muy de desear que se llegase a unificar en lo posible la ortografía del vascuence. En esta inteligencia he hablado repetidas veces con los principales colaboradores de la revista *Gure Herria* y con algunos de los mejores escritores del dialecto laboritano, y ellos me han expuesto los puntos que en la ortografía académica se les hacen más difíciles de adoptar, con los motivos de dichas dificultades. De los señores Directores de la revista *Gure Herria* y del periódico *Eskualduna* he recibido el encargo, que vengo a cumplir ahora, de someter respetuosamente a *Euskaltzaindia*

(1) Sabedora de este estado de los espíritus tan general por acá, la Academia gascona de Bayona, fundada hace poco más de tres años, cuando trató de formular sus reglas ortográficas se contentó con recomendar el sistema usado por los escritores del siglo XVIII, limitándose a elegir, en los casos en que había vacilación, el uso que le pareció más acertado, pero sin inventar nada nuevo, pues no se le ocultaba. que, de no ser así, no sería obedecida.

algunas propuestas que, si esa Academia las juzgase dignas de consideración, pudieran servir de base a un acuerdo. Siendo dicha revista y dicho periódico los de mayor circulación entre los que existen por acá en lengua vasca, es sumamente probable que si ellos usasen de la ortografía unificada, ésta no tardaría en ser adoptada por cuantos aquí escriben en vascuence.

*
* * *

Los puntos dificultosos se reducen a dos o tres, pero al mismo tiempo aprovecharemos esta ocasión para exponer también nuestro parecer en otros tres o cuatro en los que, a lo que sepamos, la Academia no ha pronunciado aún decisión alguna definitiva.

I.— GRAFÍA DE LA PALATAL SORDA *š* (*x* o *ch*)

Para representar el sonido de la palatal sorda análoga a la *ch* francesa, los vascos de las provincias meridionales se valían antiguamente de la letra *x*, en vista de lo cual D. Sabino Arana recomendó el uso de esta grafía. Quizás no le hubiera agradado tanto si se hubiera dado cuenta de que estaba tomada del castellano, pues efectivamente queda hoy sobradamente demostrado que hasta principios del siglo xvii la *x* representó en castellano un sonido muy parecido al de la palatal sorda vasca o francesa (1).

Pudo pues parecer acertado el reintegrar la *x* en un oficio que ella desempeñó antiguamente en una parte extensa del país vasco. Pero por desgracia se presenta, de esta parte del Pirineo, un inconveniente. En las tres provincias septentrionales el papel más corriente que desempeñó la *x* fué el de representar la africada *ts* (escri-

(1) Si en la primera década del siglo xvii era ya frecuente oír en Sevilla el sonido actual de la *j* castellana, en cambio el gran educador español de los sordomudos, el aragonés Juan Pablo Bonnet, en las sabias y acertadas explicaciones que publicó en 1620 sobre la articulación de los sonidos del castellano, describe para la *x* un procedimiento de pronunciación que corresponde a un fonema análogo a la palatal sorda del vascuence: de lo cual se deduce: según advertencia del Sr. Navarro Tomás, que esta clase de articulación sería todavía muy corriente por aquella fecha. En cambio, cuarenta años mas tarde el hijo de César Oudin, al hacer nueva edición de la Gramática de su padre, señala la actual articulación de la *j* como la más corriente ya en España.

biendo, por ejemplo, *oxo*: «lobo» o también, aunque más raras veces, la africada *tš* (por ejemplo *exe*: «casa») (1). Estas grafías se conservan aún en gran número de apellidos (como *Laxague*: *Latsaga*), y en muchas inscripciones de casas. De adoptarse definitivamente la *x* como signo de la palatal sorda, podrá originarse un día el error de creer que apellidos como *Laxague* pudieron sonar un día *Lašaga*; un aldeano suletino, dentro de medio siglo, al leer la palabra *Exe-barne* esculpida en hermosos caracteres del siglo XVII sobre la portada de la casa paterna, podrá figurarse que el apellido de sus antepasados se pronunció en aquel tiempo *Ešebarne*.— Estos escrúpulos podrán parecer a primera vista una nimiedad; pero dudo de que, mejor pensado, sigan pareciendolo a cuantos deseen favorecer y desarrollar en todos los vascos el conocimiento y la comprensión de las cosas del pasado.

Así es que nosotros deseáramos que para representar el sonido de la palatal sorda se acudiese a un signo *neutral*, o sea un signo que no hubiese, tenido nunca valores opuestos según las regiones del país vasco, y nos parece menor el inconveniente de introducir un signo nuevo que el de recurrir a la *x*, para la cual sentimos verdadera repugnancia. Nos avendríamos perfectamente con la *s* provista de un signo cualquiera, tal como la *s* tildada ya usada por el Sr. Azkue en su precioso Diccionario, y que, a nuestro parecer, tiene además varias ventajas: especialmente la de parecerse en la forma a la *s*, con la cual, sobré todo en estos dialectos, se parece también bastante en la pronunciación; en el caso de ser la tilde el signo diacrítico adoptado, indicaría ésta muy claramente que, así como la *ñ*, la *l̃*, la *t̃* y la *d̃* no suelen ser sino palatalizaciones de las consonantes *n*, *l*, *t* y *d*, así la palatal sorda de referencia suele provenir de la palatalización de la *s* o de la *z*.

Al suprimir el uso de la *x* al Sur del Pirineo, se suprimiría también al Norte el uso de la *ch*, que tiene el mismo defecto que la *x*, o sea

(1) En Dechepare la *x* representa la africada *ts*; la palatal sorda aparece representada no por la *x* sola sino por la combinación *ix*. Dechepare tomó estas grafías del gascón, pues su ortografía no es más que una adaptación al vascuence de la del gascón antiguo. Hoy todavía, en la pronunciación latina de los aldeanos suletinos (que no suelen hacer los rezos más usuales en vascuence o en francés sino en latín), la *x* latina suena como *ts* vasca, salvo en los enlaces de palabras, o en el prefijo *ex* ante vocal, en que suena como una *d* seguida de una *s* vasca sonorizada.

Ejemplos: *Dixit dōminus*: Dītsit dōminus.

Domine exaudi vocem meam: Dōmine edsáudi bóze(m) méam.

el de haber tenido en las dos vertientes de la cordillera pirenaica valores opuestos.

Sólo en un caso, a lo sumo, pudiera quizás ser ventajoso conservar la *ch*.

Sabido es que en vascuence el sonido de *tz*, cuando ocurría en principio de dicción se ha reducido a *z*, razón por la cual la combinación *tz* no se encuentra ya casi nunca en principio de dicción. También es probable que muchas de las palabras que empiezan ahora con *s* deberían de empezar antes con *ts*; de lo cual se deduce que existió en vascuence una tendencia a reducir a la sibilante sola los grupos *t + sibilante* cuando eran iniciales de palabra. Pero esta tendencia, que en vascuence común sólo se aplicó al grupo *tz* y, muy probablemente también, a *ts*, fué extendida, muy lógicamente, en los dialectos labortano y bajo-navarro, al grupo *tš* inicial. De ahí que por ejemplo la palabra que suena *tšori* en los otros dialectos, incluso el suletino, suena *šori* en estos dos. ¿Sería ventajoso en los casos de esta clase que todos los vascos escribiesen *ch* (por ejemplo *chori*) dejando a cada uno que diese a la *ch* el valor que tiene en su dialecto (1)? ¿O la unificación así realizada para este grupo de palabras no compensaría la ligera complicación introducida por ella? Este punto le remitimos, de todas maneras, al parecer de la Academia.

II.— LA CUESTIÓN DE LA *r*.

Los señores directores de *Gure Herria* y de *Eskualduna* se adhieren a lo que propuse en mi reseña del estudio del Sr. Navarro Tomás sobre la pronunciación guipuzcoana; (REV. INTERNAC. DE EST. VASCOS, n.º de Julio-Septiembre 1926, págs. 422-423). A dicha reseña me remito para el detalle de las explicaciones, limitándome a resumir aquí lo más esencial.

Son varios los matices que puede presentar la *r* en vascuence, pero el oído los reduce a dos clases: la *r* suave y la *r* fuerte. Pudo pues parecer racional, a primera vista, fijar dos grafías: una que

(1) En esto no ocurriría dificultad, pues precisamente los labortanos y bajonavarros están acostumbrados a dar a la *ch* el valor de *š*, y los guipuzcoanos, vizcainos y altonavarros al contrario están acostumbrados a leerla como *tš*, que es el sonido que representa en castellano; y los mismos suletinos están acostumbrados también a escribir con frecuencia *chori* aunque pronuncian *tšori*.

se empleara siempre para la *r* suave, y otra que se usara siempre para la *r* fuerte. Así lo entendió D. Sabino Arana, proponiendo como signo de la *r* suave la *r* de tipo corriente, y como signo de la *r* fuerte un carácter de imprenta provisto de una especie de acento.—Pero los fenómenos fonéticos, y por vía de consecuencia la ortografía, no siempre se amoldan a tanta rigidez de logicista. Y así ocurre en el particular: el sistema propuesto por el Sr. Arana prescinde de los casos, muy numerosos, en que la pronunciación de la *r* puede ser suave o fuerte *ad libitum* (1): de modo que, en rigor, harían falta tres signos: uno para la *r* siempre y necesariamente suave; otro para la *r* siempre y necesariamente fuerte, y otro para la *r* variable. Y aun así el sistema resultaría deficiente, pues no se aplicaría bien a la *r* final, la cual, según diremos luego, puede ser en una misma palabra unas veces necesariamente suave y otras indiferente, y en otras palabras unas veces necesariamente fuerte y otras veces indiferente.

Afortunadamente es innecesaria tanta complicación de grafías, y todo se puede arreglar con volver sencillamente al sistema gráfico que fué de uso general entre los vascos antes que el Sr. Arana publicase sus *Lecciones de ortografía*; y bastará hacer a dicho sistema una ligerísima enmienda para que resulte de una precisión y de una claridad perfecta en cuanto a la pronunciación.

Examinaremos pues las articulaciones de que es capaz la *r* según las diversas posiciones en que puede encontrarse.

1.º *r* suave intervocálica:

Todo el mundo está conforme en que esta clase de *r* se ha de representar, como se ha hecho siempre, con una *r* de tipo corriente, sin ningún signo diacrítico especial.

2.º *r* precedida de vocal y seguida de consonante (como en *arte, argi, urthe*, etc.):

A nuestro parecer, obró discretísimamente la Academia al decretar recientemente, a propuesta de D. Severo de Altube, que también esta clase de *r* se había de escribir sin signo diacrítico especial. Si bien, en efecto, hay ahora innegablemente una tendencia, por parte, de muchos vascos, a dar casi siempre a esta clase de *r* la articula-

(1) En descargo del Sr. Arana, conviene tener en cuenta que él no se propuso el ambicioso objeto de construir un sistema ortográfico que valiera para todo el conjunto de la lengua vasca, sino el fin más modesto de reformar la ortografía del vizcaíno; y así algunas cosas que resultan inadecuadas para el vascuence en general, podían ser excelentes tratándose de un solo dialecto.

ción fuerte, no se puede afirmar tampoco que ésta sea la única correcta. El Sr. Navarro Tomás al estudiar con sus aparatos el habla del Sr. D. Ramón Lizarralde, recomendado por el Sr. Azkue y considerado por sus convecinos como un modelo de buena pronunciación guipuzcoana, ha notado casos en que el distinguido orador pronunciaba suave la *r* preconsonántica de palabras tales como *artean* y *erortzean*; (Homenaje a Menéndez Pidal, t. III, 632).

Parece, pues, que la *r* en esta posición ha de considerarse variable e indiferente más bien que necesariamente fuerte.

Hay más algunas consideraciones nos invitan a pensar que la tal *r* fué originariamente suave en vascuence: el dialecto suletino, como es sabido, dió a la *u* seguida de *r* fuerte intervocálica un sonido parecido al de la *u* francesa, diciendo: *tšakhürra*, *züntzürra*, *egürra*. Pero a la *u* seguida de *r* suave intervocálica le conserva el sonido primitivo, y en palabras como *gure*, *guri*, *zure*, *zuri*, *zura*, *hura* «agua» y *hura* «aquel», la *u* suena en suletino como en los demás dialectos. —Pues bien, si a la *u* la sigue la combinación *r* + *consonante*, por ejemplo, en *urthe* o en *urde*, la *u* suletina no suena como en *egürra* sino como en *gure* o en *zura*, señal de que la *r* de *urthe* y *urde* sería suave cuando se realizó en suletino el cambio de pronunciación de la *u*.

De todas maneras, por cierto, y aun cuando se hubiera de considerar como siempre fuerte la *r* preconsonántica, sería inútil marcarla en la escritura con un signo especial, pues su misma posición en la palabra bastaría para indicar su índole.

3.º La *r* precedida de consonante y seguida de vocal (como en *debru*, *andre*, etc.):

De esta clase de *r*, de su intensidad variable y, por lo tanto, de su grafía, cabría repetir casi lo mismo que se ha dicho de la anterior.

4.º La *r* fuerte intervocálica:

Sentimos repugnancia a adoptar para representar esta clase de *r* la letra provista de un acento. Desearíamos que se conservara la grafía tradicional *rr*. Esta nos parece muy expresiva, puesto que la fonética demuestra que si esta clase de *r* puede tener tres o cuatro vibraciones, y aun más, también pone de manifiesto que no puede tener menos de dos, y que éste es el número de vibraciones más corriente y normal (1).

(1) En contra de la grafía *rr* se ha dicho que el sonido de la *r* fuerte no es mera duplicación del sonido de la *r* suave. Esto es cierto: pero también lo es el que muchas veces al querer pronunciar dos *r*

Por otra parte tenemos, los de este lado del Pirineo, un motivo especial de apego a la grafía *rr*. Tenemos que luchar contra la invasión del sonido erdérico de la *r* gutural francesa, tan feo y tan ajeno a la pura pronunciación vasca. Hasta la fecha, afortunadamente, este sonido no ha penetrado aún en casas aldeanas, pero sí en muchas familias burguesas de varios pueblos, tales como Hasparren, Ustáriz y San Juan de Luz. Algunos se limitan a «grasear» la *r* fuerte, conservando a la *r* suave su articulación correcta. Pero otros, ya numerosos, extienden el graseo a la *r* suave, y no hacen ya distinción alguna entre los dos sonidos. Esto nos parece una razón de más para hacer resaltar a la vista con toda la claridad posible la diferencia entre los dos fonemas; y estamos convencidos de que este resultado se conseguirá mejor con la duplicación de la letra que con un acento puesto sobre la *r* y que a muchos podrá parecer un accesorio, fácil de omitir (1).

5.º La *r* final de palabra:

No creemos (y éste será el único punto en que discrepamos de las advertencias tan juiciosas de D. Severo de Altube), que sea de origen erdérico el pronunciar suave la *r* final en algunas palabras cuando la palabra siguiente empieza con vocal, como ocurre en estas combinaciones: *Nor aiz?* «¿Quién eres?», o *ur ona* «el agua buena». Creemos que hubo originariamente en vascuence dos clases de *r* final: una suave, y otra fuerte. La segunda se ha conservado intacta. La primera, por regla general, se enmudeció; y así se explica la desaparición, casi general, de la *r* final de los numerales (*h*)*irur*, *laur*, *seir* y *zazpir*, y de los demostrativos (*h*)*aur* y *ar*, reducidos respectivamente a (*h*)*au* y *a*. También se explica del mismo modo el tan frecuente enmudecimiento de la *r* final de *zer* (2). Pero en palabras

suaves seguidas, se engendra el sonido de la *r* fuerte, como ocurre en castellano, en que al enmudecerse la *e* colocada entre dos *r* suaves en el futuro primitivo del verbo *querer*, o sea *quereré*, las dos *r* suaves al quedar en contacto produjeron una *r* fuerte (*quer-ré* = *querré*).

(1) Sin embargo; si a *Euskaltzaindia* le pareciera imposible restablecer la *r* duplicada, nos conformaríamos con el acuerdo siguiente: se sustituiría el signo diacrítico en forma de acento con otro que tuviera la forma de una *r* diminuta puesta sobre la *r* principal.—Otra transacción pudiera consistir en declarar equivalentes la *r* superscripta y la *r* duplicada, pudiéndose usar una u otra *ad libitum*. Pero repetimos que la solución más satisfactoria para nosotros sería el restablecimiento de la *r* duplicada, que tiene además el mérito de haber sido en vascuence grafía tradicional y común a todos los dialectos.

(2) El enmudecimiento de la *r* final suave sería un rasgo común de la fonética vasca y de los dialectos románicos de la Francia del Sur. Los gramáticos de *Lengua d'oc* en el siglo XIV distinguían dos

declinables los casos en que la *r* seguía pronunciándose por dejar de ser final, reaccionaron sobre los casos en que seguía siéndolo. Por ejemplo, formas como *ura*, *ureko*, etc., hicieron que la *r* se mantuviera también cuando la palabra está reducida a su radical *ur*.

Nos parece, pues, que la pronunciación suave de ciertas *r* finales ante vocal inicial de palabra siguiente, lejos de ser debida a una influencia extranjera, no es sino la conservación de un estado de cosas antiquísimo en vascuence, y por lo tanto nos parece útil señalarle en la escritura, para lo cual nos pudiéramos valer del procedimiento siguiente: representar la *r* final propia y primitivamente suave con una *r* del tipo corriente, y la *r* propia y primitivamente fuerte con una *r* provista, por encima, de un signo diacrítico, el cual pudiera consistir, mejor que en un acento, en una rayita, o mejor aún, en otra *r* diminuta colocada sobre la primera.

En contra de una distinción gráfica entre la *r* final genuinamente suave y la genuinamente fuerte se ha invocado el corto número de las palabras en que aparece la primera. Pero este número se aumenta notablemente en algunos dialectos si se tienen en cuenta las palabras en *er* o en *or* sacadas del gascón desde antiguo, como *paper*, *koziner*, *eskaler*, *erretor*, etc. Y por otra parte, lo repetimos, nos parece conveniente marcar en la escritura una distinción que parece antigua o primitiva en vascuence (1).

EN RESUMEN: el sistema gráfico que proponemos para la *r* consiste en volver al uso tradicional y antiguo, enmendándolo y mejorándolo en un solo detalle, que sería el marcar con un signo diacrítico la *r* final genuinamente fuerte.

clases de *r* final: una suave y una fuerte. Los ejemplos de la segunda aducidos por ellos muestran que ésta procedía de una *r* latina duplicada, pues se encontraba en palabras como *tor*, del latín *turri(m)* o *fer* del latín *ferru(m)*. Más tarde la *Y* suave final se enmudeció, pero la fuerte sigue pronunciándose, aunque hoy puede sonar suave o fuerte según los casos. En algunas variedades locales el enmudecimiento se⁷⁷ ha hecho extensivo a la *r* fuerte, como ocurre en el gascón de Bayona, en el que *fer* se redujo a *hè*, y *cor*, del latín *currit*, a *cou*; pero esto es excepcional, y lo normal es el enmudecimiento de la *r* final suave, con la conservación de la *r* final fuerte, como en vascuence.

(1) En suletino la *u* seguida de una *r* final propiamente suave conserva todavía la articulación normal de la *u* vasca, como ocurre en *hirur*, o *barur* mientras la *u* seguida de una *r* final fuerte se ha convertido en *ü*. Esto demuestra lo antiguo de la distinción entre las dos clases de *r* final.

III.— GRAFÍAS DE LAS CONSONANTES PALATALIZADAS \tilde{l} , \tilde{d} , \tilde{t} .

D. Severo de Altube, en su informe publicado en *Euskera* (1928, I, 82), advierte muy acertadamente que los escritores vizcaínos y guipuzcoanos han omitido la notación de la palatalización de la \tilde{t} , porque el alfabeto castellano, de que se valían, no les proporcionaba signo adecuado. No ocurrió lo mismo con los autores labortanos, bajonavarros y suletinos, pues en estos dialectos es corriente transcribir la \tilde{t} y la \tilde{d} palatalizadas con los signos *tt* y *dd* respectivamente, como se ve en el apellido *Etchetto* (*Etšeto*), o en las grafías, tan usuales aquí: *ttipi*, *manddo*, etc. En *Ziberoa*, especialmente, es muy corriente el que anden en manos de los carteros sobres con direcciones como esta:

Mademoiselle Maddie X.....,

lo cual demuestra que estas grafías se han hecho normales hasta en la transcripción o acomodación francesa de nombres vascos.

Las transcripciones *tt* y *dd* son probablemente analógicas: sirviendo la *ll* tradicionalmente para representar la *l* palatalizada, se interpretaría la duplicación de la letra como un signo de palatalización, y se extendería por lo tanto a la *t* y a la *d* palatalizadas.

Estamos pues en posesión de unas grafías tradicionales para las tres consonantes palatalizadas \tilde{l} , \tilde{d} y \tilde{t} . Sin embargo las sacrificaremos en pro de la unidad, y a favor de las letras tildadas, si la Academia lo decide así. Sólo desearíamos, para que el recuerdo de ellas no se borre por completo, que se admitieran como buenas *subsidiariamente*, (si vale la palabra) en los casos en que por alguna razón estética no pudiesen usarse las letras con tilde, por ejemplo en las inscripciones, cuyo uso, tan loable y plausiblemente, se va resucitando, de algunos años acá, en estas tierras, y en las que se imitan y reproducen los hermosos caracteres de las tumbas y casas vascas del siglo xvii.

El ideal sería acaso que se consintiera un término medio entre la letra con tilde y la duplicación, quiero decir que a la tilde se le diera una forma especial que recordase la forma de la letra duplicada suprimida, por ejemplo algo así:

\tilde{l} \tilde{d} \tilde{t}

Combinaciones de esta clase pudieran adoptarse, ya que no en

los caracteres de tipo corriente, al menos en los tipos más caprichosos que suelen usarse para labores de imprenta más elegantes o más lujosas.

IV.— LA I CONSONANTE INTERVOCÁLICA.

A nuestro parecer, esta clase de *i* no se ha de escribir en vascuence común con *y* sino con *i* latina. La costumbre está ya bien establecida aquí de escribir *Baiona*, *zaion*, etc., y no nos parece que haya motivos para renunciar a ella.

La única razón que pudiera aducirse en favor de la *y* sería que en vascuence no existen diptongos del tipo *io*, *ia*, *ie*, siendo disílabas las combinaciones de esta clase (*di-o*, *Le-kei-ti-o*, *E-ran-di-o*, etcétera). Pero hay indicios muy fuertes para creer que, en vascuence común, al ocurrir combinaciones del tipo *aio*, *eia*, *aia*, etc., éstas no se han de interpretar *a* + diptongo *io*, *e* + diptongo *ia*, etc., sino diptongo *ei* + vocal *a*, etc. En otros términos: la *i* no pertenece a la sílaba siguiente, sino a la sílaba anterior. Claro que se trata de un fenómeno inconsciente o subconsciente, y por lo tanto algo difícil de averiguar. Sin embargo al observar, años hace, la pronunciación de un alpargatero de San Juan de Pie de Puerto, noté que en los casos de esta clase, cuando el sujeto hablaba muy despacio y con énfasis, casi separando las sílabas, la *i* parecía adherirse siempre a la primera sílaba y no a la segunda. Por otra parte, sabido es que en los casos de enmudecimiento de la *r* suave intervocálica en palabras que acaban con el sufijo *eria* o *keria*, la pronunciación del sufijo se suele hacer disílaba, (aun entre los suletinos, e incluso en los casos en que, para ellos, el acento tónico había de recaer sobre la *i* si la *r* se pronunciara). Pues bien: la explicación de este hecho es muy fácil si se admite que la *i* intervocálica se silabiza con la vocal anterior: no será más que un caso particular de aplicación de una ley general de la fonética vasca: la de que la *i*, cuando sigue a otra vocal más abierta (o sea a una *o*, a una *e* o a una *a*) propende siempre a diptongarse con ésta.

Pero si en las combinaciones *aia*, *aie*, *aio*, *eia*, etc., la *i* se considera formando parte de la sílaba primera, no habrá motivo para que en vascuence común, los diptongos *ai*, *ei*, etc., se escriban en este caso de distinta manera que en los demás.

V.— EL USO DEL APÓSTROFO.

Nos parece que en vascuence el apóstrofo ha de tener el uso que tiene en otras muchas lenguas, o sea el de representar una letra suprimida en la pronunciación, escribiendo por ejemplo: *et'orduan* (= *eta orduan*), *ala ba-d'ere* (= *ala ba-da ere*), *urth'oroz* (= *urthe oroz*).

En los casos en que no se suprime ninguna letra y en que sólo se trata de unir a una radical (especialmente a un nombre propio) un sufijo que por buenos respectos no parece conveniente fundir con la radical en una palabra sola, nos parece preferible usar de otro signo, tal como el guión, escribiendo, por ejemplo: *Euskal-tzaindia-ren*, *Bilbo-n*, *Donostia-n*, etc.

Estimamos, por cierto, que sería bueno desarrollar en vascuence el uso del guión, que pudiera emplearse ventajosamente en muchas palabras compuestas, donde haría resaltar la composición, separando los distintos elementos, y aumentando la claridad gráfica: todas las lenguas en que abundan las palabras compuestas debieran hacer extenso uso del guión: es lástima, por ejemplo, que este signo apenas se conociera todavía cuando empezó a constituirse el alto alemán moderno, pues el introducir guiones en las palabras compuestas hubiera dado al idioma escrito mayor claridad, y facilitado notablemente su estudio para los extranjeros; y acaso no hubiera tenido el gran Schuchardt tan fundados motivos para repetir melancólicamente el famoso adagio: «*Germanica non leguntur*».

Todos hemos de desear que los libros en vascuence no sean leídos únicamente por los vascongados, sino también por el mayor número posible de extranjeros. Y precisamente se inicia, de algunos años acá, un innegable movimiento en este sentido: pongamos pues de nuestra parte lo que podamos para facilitarles el aprendizaje del idioma. El guión, además, en muchos casos hará resaltar, para los mismos vascongados, el origen y la formación de muchas palabras.

Si por algún buen motivo no pareciera oportuno el uso del guión en los casos a que nos referimos especialmente, aún pudiera usarse de un artificio inventado hace poco por los catalanes, y que consiste en poner un punto hacia lo alto de la caja del renglón. Ellos lo usan con distinto objeto, o sea para indicar que una letra duplicada en la escritura ha de sonar duplicada en la pronunciación:

que dos *l* seguidas, verbigracia, no han de sonar como *ll* castellana, sino como dos *l* seguidas, según ocurre, por ejemplo, en la palabra *novel.la*.

Este procedimiento tiene la ventaja de no necesitar para las imprentas la fundición y la compra de carácter nuevo alguno, pues al cajista le basta colocar al revés un punto de los de tipo corriente.

VI.— LAS GRAFÍAS *mb*, *mp*.

Los estudios de fonética experimental han demostrado que en palabras como *zombat* y *kampo* se pronuncia en realidad una *m* (1). Nosotros deseamos pues que se conserven las grafías antiguas, que eran precisamente por *m*. Estas grafías, además de ser tradicionales, tienen, a nuestro parecer, la ventaja siguiente: en estas provincias se va desarrollando, sobre todo en familias burguesas de los pueblos de alguna importancia, la tendencia, de origen francés, a no conservar a las nasales vascas ante consonante su articulación genuina, sino a reducirlas a una simple nasalización de la vocal anterior, a la manera francesa. Nos parece que este defecto, tan contrario a la pureza y a la corrección de la pronunciación vasca, se combatirá mejor conformando la escritura a la pronunciación que adoptando una grafía convencional como sería la *n*.

*
* *

Estos son los únicos puntos en que nos ha parecido oportuno expresar nuestro parecer y someterle a *Euskaltzaindia*. No trataremos pues de otras cuestiones, como la de la *j* en palabras como *jauna*, *Jainkoa*, *fin*, *jan*, etc., pues nosotros venimos practicando ya casi exclusivamente años hace el uso de la *j*. También nos parece

(1) Véanse NAVARRO TOMÁS, Homenaje a Menéndez Pidal, III, 628-629, y J. LARRASQUET, *Action de l'accent dans l'évolution des consonnes, étudiée dans le basque souletin*, p. 57. El error, muy común entre gramáticos vascos, de creer que en palabras como *zombat* y *kampo* se pronuncia una *n*, viene de que, pensando analizar mejor la pronunciación, la han hecho exageradamente lenta y han separado artificialmente las sílabas, en cuyo caso la *m* se ha hecho final y, por la natural repugnancia del vascuence respecto a la *m* en esta posición, se ha convertido en *n*. Ocurre lo mismo en castellano.

acertadísima la opinión del Sr. Altube, de que conviene dejar a los escritores de los dialectos la elección de los signos especiales que necesiten algunos sonidos propios de los mismos. Así ha de suceder, por ejemplo, con la *u* suletina, para cuya transcripción sería prematuro acaso fijar un sistema definitivo.

EN RESUMEN, se reducen a dos las modificaciones que deseáramos ver realizadas en la ortografía establecida por *Euskaltzaindia*, y éstas son la sustitución de la *x* por una *s* provista de un signo diacrítico, y la sustitución de la *r* con acento por otra grafía, como representación de la *r* fuerte intervocálica. En lo de las consonantes *l*, *d̃* y *ĩ*, aunque estamos en posesión de grafías tradicionales, estamos dispuestos a aceptar lo que resuelva la Academia, y sólo solicitamos algunas concesiones destinadas a evitar que la comprensión de nuestras grafías antiguas se pierda por completo y para siempre: precaución que se ha descuidado a veces en algunos idiomas, especialmente en castellano, en que la Real Academia Española, por sus reformas tan radicales del siglo XVIII, ha conseguido que a la mayoría de los españoles medianamente letrados se les haga hoy un tanto difícil la lectura, en su ortografía antigua, de textos castellanos de los siglos XVI y XVII.

Los demás puntos aquí tratados son muy secundarios y por cierto, si no vamos equivocados, todavía no ha tomado la Academia, respecto a ellos, decisión alguna definitiva.

Por otra parte, creemos que en el caso de atender *Euskaltzaindia* a nuestras sugerencias, su decisión no podrá chocar a nadie ni motivar críticas en las tres provincias de Vizcaya, Guipúzcoa y Alta-Navarra, pues estamos convencidos de que los que desde el principio han acatado sus decisiones han de comprender y de aprobar unas modificaciones dictadas por el deseo de realizar la posible unidad en la ortografía de nuestro hermoso y querido *Euskera*.

Y ya que la Real Academia Española necesitó más de un siglo para dotar a la lengua castellana de una ortografía definitiva, si *Euskaltzaindia* consigue, a los diez años de fundada, poner de acuerdo, en materia ortográfica, a todos los escritores de las siete provincias, ¿no se podrá enorgullecer legítimamente de haber realizado con maestría una obra muy difícil?